

## *Rebelión en las aulas: un siglo de movilizaciones estudiantiles en España (1865-1968)*

*Eduardo González Calleja*  
Instituto de Historia del CSIC (Madrid)

*Resumen:* El artículo hace una propuesta de clasificación de las movilizaciones estudiantiles en la España contemporánea en función del grado de identificación profesional del colectivo escolar y el nivel de control político sobre sus actividades. Se formula de este modo un conjunto de tipos ideales que incluyen desde la algarada estudiantil a la autodefensa corporativa, la reivindicación profesional, la competición política faccional o la sindicación más o menos oficializada y burocratizada. Concluye que la movilización escolar tiene como característica específica su carácter fragmentario, debido a factores como el carácter estacional de las actividades académicas, los límites temporales de la vida escolar (con la evidencia de un acelerado relevo generacional) o la diversidad de intereses confluyentes en la comunidad universitaria. Sólo cuando logra converger estratégicamente con otros movimientos disidentes, la protesta estudiantil tiene repercusiones políticas.

*Palabras clave:* universidad, movilización estudiantil, conflicto político, juventud, España, siglos XIX y XX.

*Abstract:* This article proposes a classification of student mobilizations in contemporary Spain according to the degree of professional identification of the student community and the level of political control over their activities. An ideal typology is formulated, from student riot to corporative self-defence, professional claims, factional political competition and official bureaucratic syndicalism. The conclusion is that student' mobilization is essentially fragmentary, due to factors like the seasonal character of academic activities, the temporality of scholar life (with the evidence of a quick generational change) or the different interests of the university

community. Student protest has political consequences only when it achieves a strategic convergence with other dissident movements.

*Key words:* university, student mobilization, political conflict, youth, Spain, 19<sup>th</sup> and 20<sup>th</sup> centuries.

«Antaño, la juventud apuntaba con su fusil de juguete, pero hoy lo hace con un fusil de veras y cargado. No os hagáis ilusiones; esta rebelión de la juventud actual es distinta de las otras; es la primera de su clase y cuenta con medios para imponer su voluntad»<sup>1</sup>.

Esta reflexión del catedrático socialista Luis Jiménez de Asúa mostraba la desazón que invadía a las generaciones maduras ante la aparición en la escena pública de una juventud cuya conciencia cívica se había forjado en el drama de la Gran Guerra, y cuya experiencia vital le hacía especialmente dotada para expresar su inconformismo por medios violentos. La constatación de un protagonismo marcadamente juvenil en la conflictividad del período de entreguerras nos empuja a plantear varias cuestiones: ¿en qué circunstancias una promoción estudiantil adquiere identidad propia y se organiza en un movimiento reivindicativo? ¿Cuáles son los factores internos y externos que condicionan sus acciones colectivas? ¿Qué capacidad tienen los movimientos de protesta escolar para influir en la vida política? Quizás un repaso general a las movilizaciones estudiantiles que se desarrollaron en España en la centuria que transcurre de 1865 a 1968 nos pueda proporcionar algunas respuestas.

### **Una propuesta de tipología de las movilizaciones estudiantiles en la España contemporánea**

Sociólogos como S. M. Lipset han observado que los estudiantes «tienden desproporcionadamente a secundar movimientos idealistas

---

<sup>1</sup> JIMÉNEZ DE ASÚA, L.: *Juventud*, Madrid, Tip. Velasco, 1929, p. 60. El presente artículo es el resumen de un trabajo más amplio sobre los modos de agitación estudiantil en España que estamos realizando en el marco del Proyecto de Investigación *Grupos profesionales, corporativismo y políticas sectoriales del Estado durante la dictadura de Primo de Rivera, 1923-1930*, financiado por la Dirección General de Investigación del Ministerio de Educación y Ciencia (HUM2004-00406/HIST).

que toman la ideología y los valores del mundo más seriamente que lo hacen los propios adultos». En cierto modo, la conducta política estudiantil es anticipatoria de la actitud pública de los mayores, particularmente en las naciones en desarrollo<sup>2</sup>, pero es el descontento sociopolítico el que genera habitualmente el descontento estudiantil, y no al revés. Según Weinberg y Walker, la organización de la acción política estudiantil depende de dos variables esenciales: el tipo de sistema político existente, medido en su mayor o menor capacidad de control del sistema educativo, y la relación que se establece entre la conducta política del estudiante y el sistema de educación superior, medido en la mayor o menor capacidad de reclutamiento de los líderes estudiantiles por los partidos políticos<sup>3</sup>. Aunque su propuesta taxonómica está muy centrada en la realidad norteamericana demuestra, a nuestro juicio, de forma bastante convincente la estrecha vinculación del movimiento escolar con el ámbito académico inmediato y sus tensas relaciones con el entorno sociopolítico, en especial con el gobierno, los partidos y los movimientos sociales. En función de estas dos variables (el grado de identificación profesional y el grado de control político, que en la teoría general de la acción colectiva tendrían su correlato en la capacidad organizativa y la estructura de oportunidades políticas), podríamos ensayar la siguiente tipología de la movilización estudiantil para España:

1. La *movilización «troyana»*<sup>4</sup>, o algarada estudiantil motivada por razones de disciplina académica. Este tipo de acciones, muy frecuentes en el siglo XIX, no tenían carácter político, se manifestaban en forma de una explosión de violencia incontrolada, estaban dirigidas en general contra el profesorado y quedaban circunscritas al recinto universitario. Como arquetipo del conflicto estudiantil «troyano», la algarada universitaria se integraba dentro de ciclos de protesta

<sup>2</sup> LIPSET, S. M.: *Estudiantes universitarios y política en el tercer mundo*, Montevideo, Alfa, 1965, pp. 41 y 52.

<sup>3</sup> WEINBERG, I., y WALKER, K. N.: «Student Politics and Political Systems: Toward a Typology», *The American Journal of Sociology*, 75-1 (julio de 1969), pp. 77-96.

<sup>4</sup> Tomamos el apelativo de VARELA, I.: «Universidad nueva y nuevos estudiantes. El cambio de los universitarios «troyanos» a los de la FUE», en CASTRO, X., y DE JUANA, J. (eds.): *Mentalidades colectivas e ideologías*, Orense, Diputación Provincial de Ourense, 1991, pp. 229-242. Al parecer, el término «troyano» surgió a fines de los años veinte para definir al estudiante despreocupado y pendenciero, según el arquetipo creado en 1915 por Alejandro Pérez Lugín, frente al estudiante consciente y políticamente comprometido de la UFEH/FUE.

de carácter estacional, con secuencias de movilización y desmovilización vinculadas a la dinámica del curso escolar<sup>5</sup>.

2. La *movilización corporativa escolar* tenía también un origen académico, pero estaba vinculada a razones ideológicas, como la defensa de los valores de la democracia, la libertad de expresión o el laicismo, lo que daba un tono de incipiente politización a la protesta. Acostumbraban a iniciarse como movimientos de adhesión al profesorado, y su rápido desarrollo, frecuentemente tumultuario, superaba los límites de las instituciones académicas para convertirse en un problema de orden público que requería la intervención de las autoridades. Éste fue el caso de los «sucesos de San Daniel» de 1865, de la «Santa Isabel» de 1884, de las primeras acciones de la Federación Universitaria Escolar (FUE) en 1927-1928 o de la agitación escolar de 1956.

3. La *movilización profesional*: los estudiantes podían emprender movilizaciones de protesta de largo desarrollo y con mayor continuidad, basadas en el asambleísmo y la huelga, dirigidas por sindicatos de estudiantes que se integraban críticamente en el sistema y exigían el derecho a la representación y a la defensa de sus intereses por los cauces legales. Éste fue el caso de la Unión Federal de Estudiantes Hispanos (UFEH) al final de la dictadura primorriverista o de los primeros sindicatos democráticos de estudiantes durante el franquismo. La mayor profesionalización implicó también el ocaso del paternalismo profesoral y la exigencia de unas relaciones académicas más igualitarias.

4. La *competición política faccional* se manifiesta en los conflictos suscitados por los grupos políticos en las universidades. Su acción proactiva y competitiva, eventualmente muy violenta, se basa en visiones antagónicas de los sistemas educativo y político. En general, como sucedió en 1933-1934 y en 1965-1970, el fracaso en la contención del movimiento estudiantil en sus límites profesionales acarrió la irrupción del sectarismo político y la progresiva erosión del sindicalismo escolar apoyado desde instancias oficiales.

5. La *acción sindical reconocida a nivel nacional*: en un contexto pluralista, un sindicato estudiantil podía ver reconocido su papel de interlocutor válido por las autoridades académicas y políticas sobre

---

<sup>5</sup> KLANDERMANS, B.: «The Case of Longitudinal Research on Movement Participation», en DIANI, M., y EYERMAN, R. (eds.): *Studying Collective Action*, Londres, Sage, 1992, pp. 59-61.

asuntos que afectasen a los estudiantes. Éste fue el caso de la UFEH en el primer bienio republicano. Sus estrategias de actuación suelen ser la huelga y la manifestación a escala nacional, que pueden revestir un carácter eventualmente violento si las reivindicaciones no son atendidas o si algunos grupos políticos radicales se logran introducir en la protesta. Este tipo de organizaciones se sienten tentadas de extender su influencia profesional al campo político, pero en ocasiones quedan anuladas por las disensiones internas entre un ala moderada, partidaria de mantener el perfil estrictamente profesional del movimiento, y otra radical que pretende dirigir al colectivo estudiantil hacia objetivos netamente políticos.

6. La *gestión burocrática*: en sistemas de corte autoritario o totalitario, la representación estudiantil es asumida de forma oficial por un sindicato profesional que colabora de manera más o menos conflictiva con el régimen político y que transita desde su inicial actitud reivindicativa a su *status* de instrumento burocratizado y despolitizado. Este modelo queda bien representado por el Sindicato Español Universitario (SEU).

#### Tipología de las movilizaciones estudiantiles en España

<i>Sentimiento profesional</i>	<i>Control de las actividades escolares por el gobierno o los partidos políticos</i>	
	<i>Alto</i>	<i>Bajo</i>
<i>Alto</i>	Sindicato oficial burocratizado	Movilización profesional
<i>Medio</i>	Acción sindical reconocida a nivel nacional	Protesta corporativa
<i>Bajo</i>	Competencia política faccional	«Troyanismo»

#### Los modos tradicionales de la protesta escolar: entre el comunitarismo y la profesionalización incipiente (1865-1923)

El ingreso caracterizado de los jóvenes en la escena pública española resulta tardío y se vincula al ciclo político e ideológico de con-

solidación del régimen liberal. Ello no quiere decir que no hubiera existido una abundante participación juvenil en fenómenos de movilización violenta de carácter masivo como la Guerra de Independencia (1808-1814), los pasos iniciales en la implantación del liberalismo (1820-1833) o la primera guerra carlista (1833-1839), pero la irrupción de la juventud en el debate social se produjo en torno a la década de 1860 y se vinculó al paulatino acceso de las clases medias a la enseñanza superior y al proyecto de secularización y de reforma social impulsado desde el ideario krausista. Fueron, por tanto, las «juventudes de aula» las que desde la segunda mitad del siglo XIX protagonizaron las primeras grandes movilizaciones escolares contra el poder establecido, aunque no constituían actividades políticas en sentido estricto, sino protestas contra la autoridad en general.

Las primeras grandes movilizaciones universitarias se remontan a la segunda mitad del siglo. En 1852 se produjeron los primeros incidentes por el aumento de tasas, donde los escolares madrileños se sintieron impelidos a «defender nuestra casa» contra los abusos de la Administración<sup>6</sup>. La peculiar situación de subordinación funcional y de autonomía política de la universidad facilitó también la irrupción de un tipo de violencia desestructurada en forma de motín o algarada. En la mayoría de los casos, la agitación brotaba de un incidente interno aparentemente nimio, pero cargado de fuerte simbolismo para gran número de escolares, que reaccionaban vivamente contra una agresión al fuero universitario o a la libertad de cátedra, proyectando su hostilidad contra el gobierno o el régimen imperante. Ése fue el caso de la «Noche de San Daniel» de 10 de abril de 1865, cuyo origen estuvo en la prohibición ministerial de expresión de ideas contrarias a la Monarquía y al Concordato. La protesta y ulterior sanción a Emilio Castelar dio paso a una dinámica de protesta de creciente amplitud. La destitución del rector, Juan Manuel Montalbán, al resistirse a instruir el expediente fue interpretada por los escolares como una intromisión en el fuero académico. De la inocente serenata al rector en la noche del 8 de abril se pasó a tres días de alborotos: el día 9 hubo incidentes en la casona universitaria de San Bernardo y el 10, en la tristemente célebre «Noche del Matadero», no menos de 2.000 manifestantes prota-

<sup>6</sup> MORAYTA, M.: *La libertad de la cátedra: Sucesos universitarios de la Santa Isabel*, Madrid, Edit. Española-Americana, 1911, pp. 80-82.

gonizaron duros enfrentamientos con la Guardia Civil Veterana que se saldaron con 14 muertos, 74 heridos y 114 detenidos<sup>7</sup>. Los sucesos tuvieron honda repercusión política y fueron el preludio sedicioso de acciones revolucionarias más serias, como la rebelión del Cuartel de San Gil de 22 de junio de 1866, en el transcurso de la cual grupos de estudiantes salieron a la calle y erigieron barricadas, en un atisbo de movilización juvenil en apoyo de una iniciativa castrense que se repetiría en otras ocasiones.

Los alborotos de la «Santa Isabel», acaecidos del 17 al 22 de noviembre de 1884, tuvieron también un móvil ideológico y académico, ampliado a continuación a la crítica al régimen restauracionista. Los sucesos tuvieron como detonante un discurso racionalista de Miguel Morayta en la inauguración del curso académico 1884-1885. La reacción de condena de la jerarquía eclesiástica se vio apoyada el 17 de noviembre por las manifestaciones de los escolares carlistas e integristas. El 18, los estudiantes liberales redactaron y entregaron a los periódicos una enérgica protesta contra los ataques a la libertad de cátedra. El momento culminante de la confrontación se produjo el miércoles 20, cuando la irrupción policial en el interior del claustro de Noviciado soliviantó a los estudiantes, que realizaron los consabidos llamamientos a la libertad de cátedra y a la unidad de la «familia escolar» tan típicos de estos movimientos de defensa de la comunidad universitaria. Este tipo de actuaciones se interpretaban como un agravio a los valores aceptados por los escolares y justificaban el derecho a la protesta, realizada de forma esporádica y centrada en la defensa del recinto académico o la manifestación más o menos tumultuaria ante establecimientos oficiales y religiosos<sup>8</sup>. Un rasgo importante de esta movilización fue la alta conductividad

<sup>7</sup> Sobre este conflicto véase JIMÉNEZ LANDI, A.: *La Institución Libre de Enseñanza*, Madrid, Taurus, 1973, pp. 141-161; MARTÍNEZ RUIZ, E.: «La Guardia Civil en los sucesos de la Noche de San Daniel», *Revista de Estudios Históricos de la Guardia Civil*, 8 (1971), pp. 9-26; PORDOMINGO, I., y ESPANTALEÓN, A.: «De San Daniel a San Gil», *Historia* 16, 53 (septiembre de 1980), pp. 29-38, y RUPÉREZ, P.: *La cuestión universitaria y la Noche de San Daniel*, Madrid, EDICUSA, 1975.

<sup>8</sup> Sobre la «Santa Isabel» véanse los informes de la embajada francesa en Madrid (23 de noviembre y 7 de diciembre de 1884), en Archives du Ministère de Affaires Étrangères (AMAEF), Correspondance politique, 1871-1896, *Espagne*, vol. 905, pp. 268-271 y 280-286; despachos de Morier a Granville (Madrid, 25 de noviembre y 1 de diciembre de 1884), en National Archives, Foreign Office (NA.FO), 72/1679; PI Y MARGALL, F., y PI Y ARSUAGA, F.: *Historia de España en el siglo XIX*, vol. VI, Barcelona, M. Seguí, 1902, pp. 261-290, y MORAYTA, M.: *op. cit.*, *passim*.

de la protesta. Aunque, al parecer, no participó más de la cuarta parte de los cerca de 12.000 estudiantes afincados en Madrid, la onda de adhesión escolar fue creciente: en los sucesos del 17 y 18 de noviembre sólo tomaron parte estudiantes de Derecho, Filosofía y Letras y Ciencias, en los del 19 intervinieron los de Medicina, y después del 20 aparecieron conglomerados de las cuatro facultades, además de Farmacia, Veterinaria, Arquitectura, Ingenieros, Bellas Artes, Comercio, Artes y Oficios, Conservatorio, academias privadas y escolares de los institutos de bachillerato Cisneros y San Isidro. Los días 22 y 23, los estudiantes de Barcelona suscribieron el manifiesto de sus compañeros de Madrid y organizaron una manifestación contra la irrupción policial en la Universidad Central. Hubo también incidentes en Valladolid, Zaragoza, Salamanca, Granada, Oviedo, Sevilla, Cádiz, Santiago y Valencia (con cierre de estas dos últimas universidades), y actos de protesta en los centros universitarios de Roma, Parma, Pisa, Bolonia, Oxford, París, Bruselas, Leipzig y Budapest<sup>9</sup>.

Con el malestar cultural y la incertidumbre política y económica ligados al cambio de siglo, los desórdenes estudiantiles aumentaron. La conflictividad escolar se vinculaba a la definición de un modelo renovado de enseñanza pública, pero también a la agudización de los pleitos ideológicos vinculados al movimiento secularizador y a la emergencia de nuevas corrientes políticas como el catalanismo. Así se entiende, por ejemplo, la amplia participación estudiantil en el escandaloso estreno de *Electra* el 31 de enero de 1901, los enfrentamientos suscitados por el recurso del «caso Ubao» ante el Supremo el 7 de febrero, o la negativa a aceptar las vacaciones concedidas con motivo del anuncio de la boda de la princesa de Asturias con el hijo del conde de Caserta. En esta ocasión, la politización de un contencioso de origen académico desembocó los días 8 a 12 de febrero en una serie de manifestaciones tumultuarias, cuya tipología (manifestaciones desde la universidad al domicilio de Galdós y a las sedes de la prensa afín, apedreamiento de establecimientos de jesuitas, representación estudiantil ante el gobernador civil para solicitar la liberación de los compañeros detenidos...) y su dinámica espacial (entre los establecimientos docentes de Atocha y San Bernardo, con el eje Alcalá-Prado-Puerta del Sol como zona de con-

<sup>9</sup> MORAYTA, M.: *op. cit.*, pp. 119-144.



fluencia, y refugio eventual en lugares que suponían inmunes a la intervención policial, como las facultades o las embajadas) resultan muy similares a la de los sucesos de 1884 y los de los años veinte<sup>10</sup>.

El último gobierno de Sagasta, llegado al poder al mes siguiente, inició un proceso de laicización que tuvo reflejo inmediato en el impulso extraoficial a la creación de Uniones Escolares en Madrid y otras universidades como revulsivo profesional frente al avance clerical. Por ejemplo, la muy activa Unión Escolar de Salamanca, creada oficialmente el 3 de febrero de 1901, contaba con el apoyo tácito del ministro de Instrucción Pública, conde de Romanones, y de intelectuales como Pedro Dorado Montero o Miguel de Unamuno. Su programa proponía la defensa de los intereses estudiantiles, la regeneración de la universidad y la potenciación de la cultura popular estableciendo vínculos con el sector obrero. Pronto se definió contra la presencia clerical, especialmente contra la Academia de Santo Tomás de Aquino, promovida desde 1897 por elementos diocesanos y del clero regular para formar cuadros católicos de élite<sup>11</sup>. El 1 y 2 de abril de 1903, la agitación estudiantil provocada en Salamanca por un suceso banal (el abofeteamiento de un estudiante por un comisario de policía) desembocó en una algarada en la que guardias a caballo penetraron en los claustros y dispararon a las ventanas y patio, matando a dos estudiantes. A pesar del intento de mediación del rector Unamuno la protesta se extendió hasta el día 7 a otros centros de enseñanza de Valladolid, Valencia, Zaragoza y Madrid, donde en las agitaciones del día 3 se mezclaron escolares y trabajadores manuales, uno de los cuales resultó muerto y varios heridos<sup>12</sup>. La intranquilidad en las aulas acabó convirtiéndose en un problema crónico, hasta el punto de que el 3 de mayo de 1909

<sup>10</sup> Sobre estos sucesos utilizamos sobre todo el informe «Riots in Madrid» (Madrid, 18 de febrero de 1901), en NA.FO, 72/2146, y el informe de la embajada francesa de 14 de febrero de 1901, en AMAEF, Nouvelle Série, 1896-1918, *Espagne*, vol. 2, pp. 15-23, además de las noticias aparecidas en *Heraldo de Madrid*, 5 a 13 de febrero de 1901, y *El Imparcial*, 8 a 14 de febrero de 1901.

<sup>11</sup> Sobre los conflictos entre «unionistas» y «aquinistas» en Salamanca, véase RABATÉ, J. C.: «Filiberto Villalobos y la Unión Escolar», en *Sueños de concordia. Filiberto Villalobos y su tiempo histórico, 1900-1955*, Salamanca, Caja Duero, 2005, pp. 87-106, y HERNÁNDEZ DÍAZ, J. M.: «La condición de los estudiantes de Salamanca en el umbral del siglo XX», en *Educación superior y sociedad: perspectivas históricas*, vol. II, Salamanca, Departamento de Historia de la Educación de la Universidad de Salamanca, 1985, pp. 336-349.

<sup>12</sup> Sobre los sucesos de Salamanca, véanse dos informes del coronel subinspector

se dictó una Real Orden que limitaba la utilización de los locales universitarios para fines ajenos a los docentes, y establecía para ello la previa aquiescencia de la autoridad gubernativa.

Según Isaura Varela, a inicios de siglo los conflictos estudiantiles más destacados eran los de tipo reivindicativo (léase de orden académico), seguidos de los de solidaridad (defensa del prestigio y singularidad del colectivo escolar frente a las «agresiones» externas de la prensa o la policía), y a mayor distancia los políticos y las faltas disciplinarias, muy frecuentes en la universidad del siglo XIX, pero que a partir de 1917-1918 desaparecieron casi por completo<sup>15</sup>. El descontento se solía expresar en desórdenes en el interior de los centros, con abandono del aula y el consiguiente castigo. El otro repertorio era el de la manifestación callejera más o menos tumultuaria, con reuniones, nombramiento de una comisión negociadora, manifestaciones, reparto de panfletos o pegada de carteles. La protesta estudiantil era, pues, un hecho muy frecuente en los primeros años de siglo, pero en ningún caso la movilización fue general, ni obedeció a razones verdaderamente subversivas. Salvo pequeños grupos de disidentes (fueran carlistas, republicanos o librepensadores de toda laya), y dejando aparte la especialísima situación de Cataluña, la tónica ideológica de la universidad estaba en sintonía con la extracción social de sus integrantes. Es decir, podía ser más o menos liberal y democrática, pero no cuestionaba la vigencia de un régimen que, a corto plazo, conseguía asimilar profesionalmente, e incluso cooptar políticamente, a la mayoría de los egresados.

A fines de la primera década del siglo se abandonaron progresivamente las viejas fórmulas asociativas y se celebraron los primeros congresos escolares de ámbito nacional, como el celebrado en Valencia en 1909, que conllevó la creación de la Federación Nacional Escolar (FNE) en 1911. Pero el tema de la libertad de cátedra provocó la escisión entre estudiantes «neutros» (léase liberales) y estudiantes católicos, que acabaron por separarse del movimiento general y crear

---

al director general de la Guardia Civil y de éste al ministro de la Guerra (Salamanca y Madrid, 6 de abril de 1903), en Servicio Histórico Militar (SHM), Archivo General Militar, 2.<sup>a</sup> sección, 4.<sup>a</sup> División, leg. 173. También OPISSO, A.: *La Guardia Civil y su tiempo. Episodios de la historia contemporánea de España*, vol. II, Barcelona, Molinas y Maza, 1916?, pp. 400-419, que recoge información publicada por GISTAU, M.: *La Guardia Civil*, Valdemoro, Impta. y Enc. de la Guardia Civil, 1907, pp. 484-500.

<sup>15</sup> VARELA, I.: *op. cit.*, pp. 238-241.

en 1920-1921 la Federación de Estudiantes Católicos (FEC) bajo los auspicios de Ángel Herrera y *El Debate*<sup>14</sup>.

La participación legalizada de los estudiantes en la vida universitaria estaba mínimamente recogida en los estatutos de autonomía promulgados en septiembre de 1921 a raíz del Real Decreto de César Silió de 21 de mayo de 1919. Esta norma obligaba a los estudiantes universitarios a constituir asociaciones oficiales en cada facultad, que se articulaban en el organismo central de la Unión Nacional de Estudiantes, a través del cual podrían intervenir en el gobierno de la universidad de acuerdo con sus estatutos. Al prohibirse las asociaciones de carácter político y religioso, las entidades escolares abandonaron su carácter meramente recreativo y acentuaron su impronta de defensa corporativa.

Precisamente el conflicto que polarizó la vida universitaria a inicios de los años veinte fue la cuestión de la representatividad estudiantil. Desde el curso 1922-1923, los grupos católicos trataron de disputar la representatividad estudiantil a los sindicatos profesionales, que se organizaron incluso en los institutos de segunda enseñanza. Las asociaciones laicas luchaban en condiciones de desigualdad con organizaciones confesionales, acusadas de ejercer una especie de «sotamenismo estudiantil» contra la libertad de cátedra. La tensión en las aulas aumentó y estalló en enfrentamientos violentos merced a la instrumentalización de algunos incidentes políticos.

### **La movilización estudiantil contra la dictadura primorriverista (1923-1931)**

Se ha considerado la oposición escolar a Primo de Rivera la línea divisoria entre el universitario despreocupado, desmovilizado y conservador y el nuevo universitario rebelde de clase media. Pero el movimiento de protesta escolar había heredado las tensiones entre estudiantes liberales y católicos, cuya politización había ido avanzando desde la Primera Guerra Mundial. La bonanza económica producida tras el conflicto permitió el rápido crecimiento del colectivo universitario, nutrido ahora por los hijos de los profesionales y pequeños

<sup>14</sup> MANCEBO ALONSO, M. F.: *La Universidad de Valencia. De la Monarquía a la República (1919-1939)*, Valencia, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert/Universitat de València, 1994, p. 81.

negociantes que habían logrado amasar un pequeño capital con el que facilitar a sus retoños los tan ansiados estudios superiores. Esta época presenció, además, una verdadera revolución en los usos y las costumbres de la juventud escolar. La contracultura juvenil de posguerra fue en Europa radicalmente rupturista, ante la evidencia del fracaso histórico de la generación anterior. Los años veinte fueron, para los sectores de menor edad, la época del alejamiento de los valores burgueses en el vestir, la mudanza de los hábitos religiosos, sexuales, etc., en una asunción conflictiva y festiva de los valores modernos frente a los tradicionales. De este modo se fue forjando en España una cultura estudiantil libertaria, centrada en la crítica a las instituciones que, como la familia, la Iglesia o la escuela, eran los puntales de la sociedad conservadora y se especializaban en la transmisión de una cultura del *establishment*. Las opiniones y críticas antitradicionales se vieron estimuladas por la propia autonomía universitaria, que actuaba como valor *per se* para el estudiante que trataba por todos los medios de proyectar esta imagen de libertad académica y libre debate al conjunto de la sociedad.

La juventud estudiantil fue, junto con los militares y los intelectuales, el primer grupo social que organizó la rebeldía contra el régimen dictatorial, pasando en unos meses de las reivindicaciones puramente académicas y profesionales a la formación de un verdadero núcleo de oposición política. La «rebelión de las aulas» contra la política educativa del gobierno fue encauzada por las asociaciones profesionales acogidas al Decreto de 1921, que tuvieron la virtualidad de ofrecer un instrumento idóneo para las manifestaciones de disenso juvenil. Tras la desaparición de la FNE, la antorcha de la lucha pasó a federaciones escolares de contenido progresista, como la Unión Liberal de Estudiantes (ULE), promovida a fines de 1924 como uno de los resortes de contestación política al régimen dictatorial. Pero la ocasión para realizar una verdadera labor rupturista la brindó, como de costumbre, una cuestión no estrictamente política: el artículo 53 de la Ley de Reforma Universitaria impulsada por el ministro de Instrucción Pública, Eduardo Callejo, que protegía la enseñanza privada, en especial la religiosa, equiparándola con la pública en la expedición de títulos académicos. La protesta contra la «Ley Callejo» fue una respuesta de autodefensa de los estudiantes contra la plétora de licenciados en las profesiones liberales. La ULE lanzó un sonado manifiesto el 26 de abril de 1925, y el 15 de mayo,

en el transcurso de una serie de huelgas estudiantiles en Barcelona, Madrid, Santiago, Zaragoza, Valencia, Granada y Salamanca, se produjo el primer gran enfrentamiento del dictador con los estudiantes, al imponer una sanción a uno de sus dirigentes, el estudiante de agronomía Antonio M.<sup>a</sup> Sbert.

La no aprobación gubernativa de los estatutos de la ULE indujo a los estudiantes a revitalizar las asociaciones profesionales de cada facultad, que tenían un marco legal de actuación. A fines del curso 1925-1926 se comenzó a dar forma a la Federación Universitaria Escolar (FUE) con un carácter teóricamente profesional. Pero a pesar de declararse aconfesional y apolítica, mantenía una línea de pensamiento liberal y socialista, opuesto tanto al primorriverismo como a las asociaciones católicas que habían asumido de forma oficiosa la representación de los estudiantes. Aunque la FUE madrileña se creó en enero de 1927, no fue hasta 1928 cuando, a través del comité pro Unión Federal de Estudiantes Hispanos (UFEH), se creó una red a escala nacional, constituida por las FUE de los distintos distritos universitarios, y éstas, a su vez, integradas por las Asociaciones Profesionales de Estudiantes (APE) que se constituían en cada instituto, facultad y escuela especial.

Tras el desencadenamiento de algunos incidentes menores a fines de 1927, en mayo de 1928 la UFEH protagonizó su primera gran huelga en protesta por la suspensión dictada contra el catedrático Jiménez de Asúa por haber pronunciado una conferencia sobre el control de natalidad, y contra el artículo 53 de la Ley de Reforma Universitaria. A partir de ahí, los estudiantes impulsaron sucesivas oleadas de protesta de extensión, violencia y radicalismo crecientes, como la huelga del 7 de marzo de 1929, que culminó el lunes 11 con la ocupación militar de las facultades madrileñas, la pérdida de matrícula para los huelguistas y la clausura de numerosos recintos universitarios en toda España<sup>15</sup>. Las expresiones de solidaridad de

<sup>15</sup> Sobre el conflicto estudiantil véanse LÓPEZ-REY, J.: *Los estudiantes frente a la dictadura*, Madrid, Javier Morata, 1930; BEN-AMI, S.: *op. cit.*, pp. 101-117; CAUDET, F.: «Estudiantes y profesores frente a la dictadura. Antecedentes de la generación del 36», *Tiempo de Historia*, 8 (julio de 1975), pp. 4-15; GONZÁLEZ CALLEJA, E.: *El máuser y el sufragio*, Madrid, CSIC, 1999, pp. 426-440; LÓPEZ DE OCHOA, E.: *De la Dictadura a la República*, Madrid, Zeus, 1930, pp. 170-186, y VILLANUEVA, F.: *El momento constitucional*, Madrid, Javier Morata, 1929, pp. 100-121.

más de un centenar de profesores dieron marchamo de respetabilidad a la protesta<sup>16</sup>, que se fue cohesionando cuando, tras lanzarse un manifiesto al país el 1 de abril, se organizó una Junta Central del Movimiento Escolar.

Los presumibles efectos que los tumultos escolares podían tener sobre la errática cotización de la peseta y la cercanía de acontecimientos de prestigio como las Exposiciones de Barcelona y Sevilla y la reunión en Madrid del Consejo de la Sociedad de Naciones obligaron a Primo a ceder: temiendo un escándalo internacional, una Real Orden de 19 de mayo anuló las anteriores sanciones e intervencionismos, permitiendo reanudar las clases en los centros suspendidos. La FUE no aceptó de buen grado esta concesión, pero la mayor parte de los estudiantes acordó reincorporarse a las aulas. Ello no quería decir que los universitarios renunciaran a fustigar la «Ley Callejo», sino que se mostraban dispuestos a continuar la guerra trabada con el Ministerio hasta transformar un problema de segunda fila en una cuestión de política nacional. El 24 de septiembre apareció por fin la derogación del polémico artículo 53, pero el enfrentamiento de los estudiantes con Primo ya había desbordado el cauce meramente académico. La agitación estudiantil volvió a ganar las universidades en el segundo trimestre del curso 1929-1930. Acosado desde todos los frentes, Primo respondió a inicios de 1930 disolviendo la FUE, que decidió ir a la huelga por no haber sido levantadas las sanciones a Sbert y a los profesores implicados en las protestas anteriores. El 22 de enero estalló un paro general universitario a escala nacional y con un neto carácter republicano, que fue apoyado por las principales fuerzas sindicales. Incapaz de resistir una ofensiva combinada de tal calibre, Primo abandonó el poder seis días después.

La caída de la dictadura abrió el camino para una más activa presencia política de la UFEH, cuyo congreso constituyente celebrado del 21 al 27 de abril reunió a 70 asociaciones y 15.882 asociados. El duque de Alba, nuevo ministro de Instrucción Pública, decretó la libertad de los estudiantes detenidos, y el nuevo reglamento de la universidad reconoció a la FUE como principal asociación escolar, iniciando de ese modo su predominio en los establecimientos docen-

---

<sup>16</sup> Sobre el apoyo intelectual a la protesta estudiantil véase GARCÍA QUEIPO DE LLANO, G.: «La rebelión de los estudiantes y la movilización intelectual contra la dictadura (1929)», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, CLXXXIV-II (mayo-agosto de 1987), pp. 332-357.

tes. Ello no impidió que el movimiento universitario fuera politizando sus acciones en un sentido cada vez más inequívocamente antidinástico, hasta transformarse en uno de los actores clave del enfrentamiento con el régimen, a través de su protagonismo en acontecimientos tumultuarios como los suscitados durante la estancia de Unamuno en Madrid del 1 al 7 de mayo de 1930; los sangrientos incidentes producidos el día 13 de noviembre en la capital durante el entierro de cuatro obreros fallecidos en el hundimiento de una obra, que dieron motivo para un paro general estudiantil y obrero de cuarenta y ocho horas; la implicación escolar en la intentona revolucionaria de Jaca y Cuatro Vientos de 13-15 de diciembre de 1930<sup>17</sup>, y la nueva huelga general estudiantil convocada el 22 de enero de 1931 en petición de libertad para los alumnos y profesores enjuiciados y de castigo para los provocadores de la extrema derecha. Apurado por la extensión de la protesta a provincias a fines de mes, y por la cada vez mayor sintonía de los estudiantes con los grupos republicanos, Berenguer otorgó el 5 de febrero un mes de vacaciones forzadas. Pero el director general de Seguridad, Emilio Mola, no se hacía demasiadas ilusiones en cuanto al logro inmediato de la normalización universitaria, cuando evaluaba en un 70 por 100 del total el porcentaje de estudiantes ganados al radicalismo y dispuestos a mantener la campaña contra la monarquía hasta sus últimas consecuencias. Del 2 al 5 de marzo, el gobierno permitió la apertura sin incidentes de las distintas universidades, pero fueron los «Sucesos de San Carlos» de los días 24 y 25, coincidentes con el juicio al Comité Revolucionario, los que revistieron mayor gravedad, ya que el desmesurado despliegue policial causó dos muertos y 16 heridos<sup>18</sup>. No ha quedado claro si las conmociones estudiantiles de marzo de

<sup>17</sup> Véanse los testimonios de MATEO Y SOUSA, E.: «El fracaso de Cuatro Vientos», *Historia* 16, 56 (diciembre de 1980), pp. 28-29, y «Conspiración contra la dictadura, 1929-1930», *Historia* 16, 95 (marzo de 1984), pp. 33-34, y TAGÜENA LACORTE, M.: *Testimonio de dos guerras*, Barcelona, Planeta, 1978, pp. 19-21. La mayor parte de estos extremos son confirmados por MOLA VIDAL, E.: «Tempestad, calma, intriga y crisis», en *Obras Completas (OC)*, Valladolid, Librería Santarén, 1940, pp. 504 y 546-547.

<sup>18</sup> Una narración pormenorizada de los sucesos de San Carlos en MOLA, E.: «El derrumbamiento de la monarquía», en *OC*, pp. 763-815 y 881-923. Otras versiones conservadoras en HOYOS Y VINENT, J. M. de: *Mi testimonio*, Madrid, Afrodisio Aguado, 1963, pp. 71-100 y 210-216, y JATO, D.: *La rebelión de los estudiantes*, Madrid, 1975, pp. 105-112. La versión opuesta en VIDARTE, J. S.: *No queríamos al rey. Testimonio de un socialista español*, Barcelona, Grijalbo, 1977, pp. 367-370. Los procesos ulteriores



1931 fueron una manifestación espontánea de rebeldía o bien obedieron a un plan subversivo urdido por los republicanos. Lo cierto es que la algarada revolucionaria estudiantil, muy bien aprovechada por la propaganda republicana, precipitó la caída de la monarquía menos de un mes después. La proclamación del nuevo régimen significaría un triunfo particular para la FUE y el momento culminante de su influencia política. Por Órdenes de 3 de junio y 28 de septiembre, la UFEH obtuvo la representación oficial de los estudiantes en los órganos de gobierno de la universidad. Su consagración como única representación escolar transformó a la entidad en una especie de agencia semioficial de gestión de actividades universitarias que contribuyó a aislarla de la masa de alumnos, sobre todo cuando sus dirigentes de los años de lucha antidictatorial finalizaron sus estudios y se incorporaron a sus actividades políticas o profesionales hacia el curso 1932-1933. En abril de 1932 la FUE de Cataluña y Baleares abandonó la organización por su excesivo centralismo y se constituyó de forma autónoma como Federació Nacional d'Estudiants de Catalunya (FNEC)<sup>19</sup>. Además, la organización fue perdiendo afiliados a medida que la crisis económica mermaba posibilidades de promoción a los jóvenes de clase media. Su declive, plasmado de forma ineludible en sus sucesivos congresos celebrados en Madrid (noviembre de 1931), Valencia (febrero de 1933) y Sevilla (marzo de 1934)<sup>20</sup>, coincidió con los intentos de control por parte del procomunista Bloque Escolar de Oposición Revolucionaria (BEOR). Aunque los socialistas y los republicanos de izquierda conservaron el liderazgo de la UFEH, ésta se centró en reivindicaciones profesionales bastante alejadas del activismo político anterior. En la vorágine de violencia de la primavera de 1934, que condujo a la clausura de sus locales, la FUE acabó por perder el monopolio

---

para depurar responsabilidades en Archivo Histórico Nacional (AHN), Tribunal Supremo, Fondo Reservado, Sumario 295, exp. núm. 29, y AHN, Tribunal Supremo, Fondo Reservado, Causa 1776/1931, exp. núm. 4.

<sup>19</sup> CIRICI PELLICER, A.: *El temps barrat*, Barcelona, Destino, 1977, pp. 193-197. Véase también la reciente obra de FIGUERAS I SABATER, A.: *Història de la FNEC. La Federació Nacional d'Estudiants de Catalunya de 1932 a 1986*, Barcelona, Publicacions de l'Abadía de Montserrat, 2005.

<sup>20</sup> Sobre los congresos de la UFEH véase MANCEBO, M. F.: «Una élite estudiantil: los primeros congresos de la Unión Federal de Estudiantes Hispanos (UFEH)», en *Les élites espagnoles à l'époque contemporaine*, Pau, Université de Pau et des Pays de l'Adour, 1982, pp. 362-393.



de la representación escolar. Ello condujo a su mayor radicalización, antesala de la gran movilización revolucionaria de octubre, como pudo constatar en la declaración antifascista que cerró el Congreso de Sevilla. En el Congreso celebrado en Madrid en diciembre de 1935, que confirmó la desaparición de la generación fundacional, la dirección pasó definitivamente a manos del BEOR. Durante la guerra, la FUE mantuvo esa impronta radical, apostando por la militarización del movimiento estudiantil, persiguiendo a los emboscados de retaguardia y apoyando de forma decisiva la integración de las ramas juveniles de los partidos en la Alianza Juvenil Antifascista (AJA) en agosto de 1937.

### **Pistolas en los libros: la violencia política en la universidad republicana**

A la altura de 1931, mientras que la FUE era ensalzada como una de las parteras del régimen republicano, el ciclo de movilización que había protagonizado ya estaba en franco declive, y su gestión comenzaba a ser cuestionada desde ambos extremos del espectro político. La oficialización de la UFEH y la intromisión de las formaciones juveniles de los partidos en la vida académica provocaron una gradual deslegitimación de la acción sindical profesional y la penetración de la violencia en la universidad.

Desde 1932, la FUE y el resto de las organizaciones estudiantiles de izquierda fueron perdiendo la iniciativa política en favor de los grupos antirrepublicanos, como las «patrullas de asalto» de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (JONS) y, sobre todo, la belicosa Agrupación Escolar Tradicionalista (AET) creada en la primavera de 1930, y que arrastraba a los afiliados de la apolítica Confederación de Estudiantes Católicos Españoles (CECE) en sus frecuentes enfrentamientos con los republicanos en las aulas universitarias de Madrid, Sevilla y otras ciudades. Esta incipiente movilización contrarrevolucionaria, alentada por asuntos profesionales como el monopolio de la representación estudiantil y por asuntos políticos como la discusión del Estatuto catalán desde mayo de 1932, se vio facilitada por la militancia múltiple de muchos jóvenes, y complicada por el hecho de que las asociaciones estudiantiles no agrupaban sólo a uni-

versitarios, sino también a alumnos de enseñanza media y estudiantes de escuelas mercantiles y de comercio<sup>21</sup>.

El reflujo de los grupos de izquierda resultó evidente tras la victoria electoral derechista de noviembre de 1933, que coincidió con la fundación del Sindicato Español Universitario (SEU) afín a la agrupación fascista Falange Española. A partir de 1934 los estudiantes católicos fueron absorbidos progresivamente por JAP y Falange, mientras que la FUE lo fue por elementos más politizados de las juventudes comunistas y socialistas<sup>22</sup>. El sindicato falangista pretendió primero infiltrar a sus afiliados en la FUE para minarla desde dentro, lo que motivó una inmediata reacción del BEOR y de la Federación de Juventudes Socialistas, que obtuvieron de las juntas generales de la FUE la expulsión de los falangistas «de modo violento y sin respetar normas democráticas»<sup>23</sup>. Fracasada la maniobra de inmersión de la FUE, la segunda estrategia patrocinada por el SEU fue la de la provocación y el ataque en la universidad, cuyo autogobierno facilitaba que los grupos políticos actuaran libremente en los recintos docentes. Los modos más habituales de violencia falangista fueron los asaltos a los locales de organizaciones rivales en institutos de segunda enseñanza y facultades de Sevilla, Zaragoza, Valladolid, Murcia y Madrid, donde el 25 de enero un grupo coordinado de falangistas y carlistas destruyó la sede de la Asociación Profesional de Estudiantes de Medicina (FUE), provocando una muerte y abriendo una espiral de represalias que culminó en el asesinato el día 9 de febrero de Matías Montero, un antiguo comunista y militante de la FUE, que a partir de ese momento sería ensalzado como protomártir del movimiento falangista. Estos asesinatos marcaron el tránsito desde la tradicional violencia tumultuaria estudiantil hacia el pistolerismo, transformando la lucha ideológica universitaria en un verdadero problema de política nacional. Los repetidos incidentes estudiantiles obligaron al ministro Salazar Alonso a cerrar temporalmente los centros de la FUE, SEU y AET, y el 12 de mayo el ministro Villalobos ordenó el cierre de la universidad hasta los exámenes.

<sup>21</sup> RUIZ CARNICER, M. A.: «Estudiantes, cultura y violencia política en las universidades españolas (1925-1975)», en MUÑOZ, J.; LEDESMA, J. L., y RODRIGO, J. (coords.): *Culturas y políticas de la violencia. España siglo XX*, Madrid, Siete Mares, 2005, p. 256.

<sup>22</sup> MANCEBO, M. F.: *op. cit.*, p. 146.

<sup>23</sup> TAGÜENA, M.: *op. cit.*, p. 43.

Las secuelas de la revolución de octubre fueron la gran oportunidad para los grupos de derecha. Tras un Decreto de Gobernación de 5 de octubre, la FUE sufrió el cierre de sus locales y, al perder su carácter oficial, se desintegró a toda prisa. Pero, a pesar de la intensificación de la violencia durante la primera quincena de noviembre (sobre todo en Cataluña, donde se había creado un semiclandestino Bloc Escolar Nacionalista de carácter antifascista), el SEU no logró la primacía. Cuando los estudiantes catalanes lanzaron el 8 de enero de 1936 un manifiesto donde se solicitaba la reposición del Patronato Universitario que había sido suspendido tras la revolución, la AET, la CECE y el SEU impusieron a partir del 15 el abandono de las clases y una huelga antiseparatista que se hizo general el día 22. Aunque Portela declaró al día siguiente que el gobierno no adoptaría ninguna resolución para resolver los problemas en Cataluña mientras el BEN no declinase su actitud levantisca, la huelga adquirió un carácter crecientemente violento hasta que, tras una entrevista con el presidente y el ministro de Instrucción Pública, los sindicatos estudiantiles de derecha desconvocaron la huelga el día 26. No cabe duda de que este paro animó la voluntad fusionista en el ambiente de polarización previo a las elecciones de febrero. A imitación del proceso aliancista consumado en abril de 1936 con la creación de la Juventud Socialista Unificada (JSU), el SEU, la AET, la CECE-AEC y las Juventudes Universitarias de Renovación Española se embarcaron tras las elecciones en un proyecto de Frente Español Universitario que se vio truncado por la negativa de los católicos a diluirse en un organismo único<sup>24</sup>. La frustración también tuvo que ver con la inmersión del SEU en una espiral terrorista que tuvo su punto de no retorno en el atentado contra Jiménez de Asúa el 12 de marzo, que condujo a la disolución preventiva del sindicato por Primo de Rivera, con el objeto de que sus afiliados se incorporaran en masa a las milicias de FE. La deriva perversa de la agitación escolar hacia la violencia política fue el último acto de un ciclo de protesta estudiantil que había comenzado hacia 1928-1929 y que había mostrado unas características bastante homogéneas: los conflictos no surgieron ni acabaron de forma espontánea, sino que la agitación, motivada en principio por temas universitarios

<sup>24</sup> «Hacia la sindicación única», *Haz*, 14 (14 de febrero de 1936), p. 6. El proyecto de sindicación única del FEU también en *Breve historia informativa del Sindicato Español Universitario*, Madrid, Ediciones Haz, 1941, pp. 75-76.

como la representación escolar, las reformas en el plan de estudio o la gestión de los centros, alcanzó pronto contenido «político» e incluso «revolucionario», y se intentó coordinar a escala nacional, a instancia de la vanguardia más activa de los grupos escolares. Un ciclo que se clausuró abrupta y dramáticamente con el baño de sangre de la guerra civil.

### **La coacción burocrática: auge y ocaso de la universidad franquista (1939-1968)**

El movimiento estudiantil oficial en la universidad franquista siguió con bastante fidelidad la evolución narrada por Gino Germani del militantismo a la despolitización, del conformismo a la burocratización y, por último, a la disidencia<sup>25</sup>. El 12 de octubre de 1937 la AET, la CECE y otras agrupaciones estudiantiles de derecha fueron oficialmente integradas en el SEU, que se vio sometido a una rápida transición desde la agitación escuadrista a la oficialización como sindicato único y obligatorio en un modelo de universidad de marcada impronta totalitaria<sup>26</sup>, fijada según la Ley de Ordenación Universitaria de 25 de julio de 1943. Su estructura estaba centrada en los Consejos de Curso, que nombraban a los delegados, los cuales formaban la Junta del Sindicato de la facultad o escuela, cuyo jefe era nombrado directamente por el correspondiente jefe local del SEU. El esfuerzo de socialización y de movilización de la masa estudiantil enfrentó al SEU al dilema de «o crítica o disciplina», al precio de una pérdida creciente de protagonismo político: el Decreto de Nueva Ordenación del Frente de Juventudes de 29 de abril de 1944 redujo al SEU a una mera sección de la Delegación Nacional del Frente de Juventudes. Aunque mantuvo su autonomía elitista, reconocida legalmente en 1957, no pudo evitar la alienación de una masa estudiantil cada vez más apática y conformista.

El aislamiento político del franquismo tras la Guerra Mundial, la penetración guerrillera y los acuerdos de la oposición política en

<sup>25</sup> GERMANI, G.: «La socializzazione politica del giovani nei regimi fascisti: Italia e Spagna», en *Autoritarismo, fascismo e classi sociali*, Bolonia, Il Mulino, 1975, pp. 255-306.

<sup>26</sup> La caracterización del «SEU escuadrista» en RUIZ CARNICER, M. A.: *El sindicato español universitario (SEU), 1939-1965: la socialización política de la juventud universitaria en el franquismo*, Madrid, Siglo XXI, 1996, pp. 52-72.

el exilio favorecieron la recreación de las antiguas organizaciones estudiantiles republicanas. La FNEC reapareció en abril de 1946 en la Universidad de Barcelona, mientras que la FUE histórica también trató de ser reconstruida. El ingreso en la universidad, a partir de 1944-1945, de una minoría de hijos de la burguesía pertenecientes al bando perdedor posibilitó la aparición en 1946-1947 de otra FUE, más profesional y liberal, que fue desarticulada por la policía entre marzo y abril de 1947. Con ello terminaba el período añorante de la República y se iniciaba una nueva andadura del movimiento estudiantil, dirigido por una generación sin experiencia directa de la guerra civil<sup>27</sup>.

En la década de los cincuenta se consumó la ruptura entre la juventud universitaria y el régimen, y nació un movimiento estudiantil democrático que constituye el precedente directo de los grupos que gestionaron la transición política a partir de los años setenta. Los inicios de la autonomía intelectual propiciada desde 1951 por el ministro de Educación Joaquín Ruiz-Giménez produjeron un cierto ambiente de liberalización que facilitó la actividad de los estudiantes más inquietos. Pero el nuevo ministro también trató de otorgar mayor protagonismo político y cultural al SEU. Pronto se iban a constatar los límites de esa reactivación. El 25 de enero de 1954, con ocasión de la movilización en favor del Gibraltar español, se desencadenaron inesperadas cargas policiales contra los estudiantes, cuyo descontento fue dirigido contra el SEU y las autoridades académicas, a las que acusó de manipulación. El homenaje frustrado a Pío Baroja y el entierro de José Ortega y Gasset en octubre de 1955 fueron nuevas ocasiones para que se manifestase la oposición al régimen dentro de las universidades. El malestar alcanzó su punto culminante en noviembre con la prohibición gubernativa de un Congreso Nacional Universitario de Escritores Jóvenes, que fue la espoleta del enfrentamiento. En esa coyuntura de creciente frustración, los estudiantes Javier Pradera, Enrique Múgica y Ramón Tamames decidieron convocar el 24 de enero de 1956 un segundo Congreso Nacional de Estudiantes que propusiera la democratización de las organizaciones escolares. Ante la amenaza de celebración de elecciones libres en las facultades del Distrito Universitario de Madrid el caserón de

<sup>27</sup> MESA, R.: Prólogo a *Jaraneros y alborotadores. Documentos sobre los sucesos estudiantiles de febrero de 1956 en la Universidad Complutense de Madrid*, Madrid, Editorial de la Universidad Complutense, 1982, p. 13.

San Bernardo fue asaltado el día 7 de febrero por la Guardia de Franco. Como en épocas pasadas, estos ataques protagonizados por actores ajenos a la normal actividad académica fueron sentidos por los estudiantes como un ataque externo, y tuvieron la virtualidad de aumentar su conciencia y cohesión interior. La protesta estudiantil pasó rápidamente de la autodefensa corporativa a la reivindicación política, pero también aceleró el enfrentamiento con los grupos de falangistas que estaban siendo crecientemente marginados del círculo de poder del régimen. El día 9 se produjo un serio incidente al coincidir en la calle Guzmán el Bueno una manifestación universitaria y un grupo de falangistas que conmemoraba el Día del Estudiante Caído. Tras resultar gravemente herido un falangista, la policía detuvo a siete personas (Miguel Sánchez Mazas, Rafael Sánchez Ferlosio, Dionisio Ridruejo, José María Ruiz Gallardón, Tamames, Múgica, Pradera y Gabriel Elorriaga), que pasaron entre quince días y cuatro meses de cárcel. El día 10, el gobierno ordenó el cierre de la universidad por dos semanas y declaró el estado de excepción por tres meses. Políticamente la crisis se zanjó con la dimisión del rector Laín y las sustituciones de Ruiz-Giménez por el desdibujado conservador Jesús Rubio, y de Fernández Cuesta por el más dócil Arrese Magra<sup>28</sup>. Los sucesos de febrero de 1956 revelaron en toda su crudeza dos desencuentros básicos: el del cuerpo estudiantil con respecto al franquismo, pero también la creciente disfuncionalidad entre el carácter conservador del régimen y la retórica de «revolución pendiente» que seguían alimentando las juventudes falangistas<sup>29</sup>.

<sup>28</sup> Sobre los sucesos de 1956 véanse LEÓN, S. (seud. de Roberto MESA): «Notas sobre el movimiento estudiantil en España», *Horizonte Español*, vol. II, París, Cuadernos de Ruedo Ibérico, 1972, pp. 157-177; LIZCANO, P.: *La generación del 56. La universidad contra Franco*, Barcelona, Grijalbo, 1981, pp. 132-153; ABELLÁN, J. L.: «La rebelión estudiantil del 56», en *Historia del franquismo*, vol. I, Madrid, Diario 16, 1985, pp. 386-394; LAÍN ENTRALGO, P.: *Descargo de conciencia (1930-1960)*, Barcelona, Instituto de Estudios Turolenses/Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 2003, pp. 386-390, y ÁLVAREZ COBELAS, J.: *Envenenados de cuerpo y alma. La oposición universitaria al franquismo en Madrid (1939-1970)*, Madrid, Siglo XXI, 2004, pp. 72-79.

<sup>29</sup> HERNÁNDEZ SANDOICA, E.: «Universidad y oposición al franquismo: reflexiones en torno a los sucesos de 1956 en Madrid», en TUSELL, J.; ALTED, A., y MATEOS, A. (coords.): *La oposición al régimen de Franco. Estado de la cuestión y metodología de la investigación*, vol. II, Madrid, UNED, 1990, pp. 185-190, habla de la confluencia de varias circunstancias determinantes: la crisis interna del SEU, la respuesta múltiple de desagrado de los escolares ante la pobreza intelectual de la universidad, el haz plural de reformismos que fueron manifestándose en las aulas y en los círculos aca-

Desde 1956, oteando con sagacidad los tiempos que se avecinaban, la dirección del SEU fue abandonando la demagogia falangista en favor de una pretendida eficacia y profesionalidad, que consideraba más cercanas a las inquietudes estudiantiles del momento. En el Decreto de 18 de octubre de 1958 las Juntas de facultad dejaron paso al Consejo o Cámara Sindical del Centro, encabezada por un delegado elegido libremente por y entre todos los consejeros del Centro, pero supervisado en el plácer por el decano, el director del Centro y el jefe del SEU. Además, los jefes de distrito y el delegado nacional del SEU seguían siendo nombrados directamente por el gobierno. La tímida ampliación de la representatividad y el auge que cobraron las Cámaras de Facultad permitió la aparición de líderes estudiantiles que llevaron la lucha al mismo seno del sindicato oficial. Las movilizaciones de 1956-1957, la tímida apertura del SEU en 1957-1958 y la desarticulación del aparato del PCE en la Universidad de Madrid facilitaron la aparición de nuevas organizaciones estudiantiles políticas y sindicales, como la Agrupación Socialista Universitaria (ASU), creada en Madrid en febrero de 1956, y la Nueva Izquierda Universitaria (NIU), cuyo origen estuvo en el Frente de Liberación Popular (FLP), plataforma de convergencia cristiano-marxista creada entre fines de 1957 y la primavera de 1958<sup>30</sup>. También en 1957 se creó la Unión Democrática de Estudiantes (UDE) como punto de unión de fuerzas democráticas vinculadas a la universidad, como la ASU, el FLP, el PCE, los socialdemócratas de Ridruejo, la Unión Demócrata Cristiana de Jesús Barros de Lis o el grupo funcionalista de Enrique Tierno Galván.

Según Maravall, la segunda etapa del movimiento de oposición estudiantil al franquismo comenzó en 1960 con una estrategia más cautelosa: las organizaciones clandestinas orientaron sus actividades a las actividades sindicales y profesionales, para sacar el máximo

---

démicos, la crisis de salidas profesionales en determinadas licenciaturas y la personalidad posibilista del rector Laín, apoyado por su ministro.

<sup>30</sup> Sobre la ASU véase MATEOS, A.: «La Agrupación Socialista Universitaria, 1956-1962», en CARRERAS ARES, J. J., y RUIZ CARNICER, M. A. (eds.): *La universidad española bajo el régimen de Franco*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1991, pp. 541-572. Sobre el FLP y la NIU, MARAVALL, J. M.: *Dictadura y disenso político. Obreros y estudiantes bajo el franquismo*, Madrid, Alfaguara, 1978, pp. 159-162, y GARCÍA-RICO, E.: *Queríamos la revolución. Crónica del FELIPE (Frente de Liberación Popular)*, Barcelona, Flor de Viento Ediciones, 1998.



provecho de las nuevas plataformas legales de representación electiva<sup>31</sup>. Los estudiantes españoles tomaron ejemplo en sus compañeros de Berkeley o Berlín, que exigían el ejercicio libre de actividades políticas dentro de los recintos universitarios. Pero, a diferencia de sus homólogos occidentales, los estudiantes españoles luchaban también contra una dictadura y por objetivos liberales «clásicos», como la democracia, los derechos fundamentales de expresión y asociación y el pluralismo político. La imposición progresiva de una cultura de la ciudadanía entre la juventud universitaria se realizó mediante la diversificación de los motivos de la protesta (contra el sistema de oposiciones, la inamovilidad de las cátedras, la carencia de profesionalidad y el absentismo docente, la escasa productividad de títulos, etc.) y de los repertorios de la misma, entre los cuales figuraban las manifestaciones, las huelgas de exámenes o las reivindicativas, la resistencia pasiva a la policía, la solidaridad con los detenidos, el boicot a las elecciones, los encierros, las asambleas o los conciertos a puerta cerrada y al aire libre.

De 1956 a 1965 la protesta estudiantil se fue radicalizando hasta acabar con el sindicalismo oficial. El Decreto de 18 de septiembre de 1961 sobre organización del SEU trató de frenar la representatividad de la oposición en los Consejos de Cursos y Cámaras Sindicales, dotando a la autoridad académica de un mayor poder de supervisión y coacción. Consecuencia de esta regresión fue el aumento de la lucha estudiantil contra el sindicato y el régimen en su conjunto en Sevilla, Barcelona o Madrid. En el otoño de 1963 se creó la Federación Universitaria Democrática Española (FUDE) con el objeto de «agrupar a todos los universitarios disconformes con el sindicato obligatorio» en una organización autónoma estudiantil de carácter democrático. En febrero-marzo de 1964 se celebró la I Semana de Renovación Universitaria en Madrid, Bilbao y Barcelona, pero el 13 de marzo fue prohibida una conferencia del profesor Tierno Galván, lo que provocó cinco días de manifestaciones tumultuarias en toda España y la constitución de la III Asamblea Libre de Estudiantes, que solicitó la libertad plena de sindicación<sup>32</sup>.

A partir de 1965, los estudiantes diversificaron su estrategia e intereses. El 17 de enero, varias facultades se negaron a participar

<sup>31</sup> MARAVALL, J. M.: *op. cit.*, pp. 221-222.

<sup>32</sup> FARGA, M. J.: *Universidad y democracia en España (treinta años de lucha estudiantil)*, México, Era, 1969, p. 66.



en el nombramiento del jefe de distrito de la Universidad de Madrid, exigiendo la desaparición del SEU. El 24 de febrero, unos 5.000 estudiantes firmaron un pliego de peticiones que reclamaba la implantación de un sindicato libre, autónomo y representativo; la amnistía total para los catedráticos y estudiantes expedientados; la libertad de expresión docente y discente; la solidaridad con los obreros, y la declaración del 2 de marzo como día del estudiante, con el objeto de exponer sus reivindicaciones. Al encaminarse con Aranguren, García Calvo y otros profesores hacia el pabellón de gobierno de la universidad, la comitiva fue dispersada por la policía. En pocos días, 84 centros de entre todas las universidades se separaron del SEU, entre ellos casi todos los de Barcelona y Madrid. Se constituyeron juntas de delegados, se institucionalizó el movimiento asambleísta y se situó como objetivo inmediato el sindicato libre<sup>33</sup>.

Tras la celebración de una reunión con representantes estudiantiles en Villacastín, el 7 de abril el gobierno publicó un Decreto que hizo desaparecer el sindicato falangista, convirtiéndolo en una estructura dividida por ramas en Asociaciones Profesionales de Estudiantes (APE), que se integrarían en una Comisaría del SEU. La transformación del otrora potente entramado escolar falangista en una anodina Delegación-Comisaría para meros asuntos de servicio que pervivió hasta 1970 supuso su liquidación como organismo de encuadramiento y representación de los estudiantes. Pero el Decreto tampoco satisfizo al movimiento escolar de oposición. La junta de delegados de Barcelona rechazó el Decreto el 19 de abril, y la II Reunión Nacional Coordinadora de Estudiantes reunida en Madrid hizo lo propio el 4 y 5 de mayo. Algunos distritos boicotearon las primeras elecciones para cubrir los cargos de las APE. Más del 80 por 100 de los estudiantes se abstuvieron del voto obligatorio o votaron en blanco.

La etapa de movilizaciones de 1964-1965 se caracterizó por una estrategia de protesta más racional (manifestaciones, sentadas, asambleas libres, con alta participación estudiantil, debido en parte a la fuerte masificación de algunas facultades y a la creación de grandes sindicatos estudiantiles, como el Sindicato Democrático de Estudiantes del Distrito de Barcelona —SDEUB—, impulsado tras la «Ca-

---

<sup>33</sup> PALAZUELOS MANSO, E.: *Movimiento estudiantil y democratización de la Universidad*, Madrid, Manifiesto, 1978, p. 31.

puchinada» de 9 de marzo de 1966<sup>34</sup>, o el SDEUM, creado en Madrid el 7 de diciembre de ese año), una hábil articulación de las demandas (reivindicaciones profesionales que encubrían reivindicaciones políticas), una importante labor de coordinación a nivel estatal (reuniones de Valencia en enero de 1967, Pamplona en abril de 1967, Madrid en mayo de 1967 y octubre de 1968, y Sevilla en febrero-marzo de 1968) y un contexto internacional más favorable (los sucesos de mayo de 1968, unidos a los viajes al extranjero, las traducciones de libros, etc.). Las asambleas libres fueron un útil instrumento de formación de la identidad colectiva y un foro de discusión que alimentó el movimiento escolar. Los Sindicatos Democráticos de Estudiantes Universitarios (SDEU), con base en las Cámaras de Facultad, actuaron como mediadores entre los partidos políticos de oposición y la práctica asambleísta de los centros docentes. Pero con los SDEU también se fue formando una subcultura política notablemente compleja y progresivamente radicalizada, ya que las actividades políticas fueron saliendo a la luz pública y las identidades políticas individuales se fueron definiendo. De forma que, si hasta 1965 la movilización se había dirigido a luchar contra el SEU y reivindicar un sindicalismo libre, autónomo y representativo, desde fines de los sesenta ya se dirigía directamente contra el régimen a través de los partidos políticos.

Cuando la experiencia de los sindicatos democráticos alcanzaba su máxima generalización en 1968, comenzaron a hundirse primero en Barcelona y luego en Madrid. Un Decreto de 20 de septiembre, en el marco de la reforma educativa planteada por Villar Palasí, suspendió las APE y aprobó nuevas formas de asociación estudiantil bajo el control de las autoridades académicas. A pesar de la progresiva disolución del movimiento estudiantil en las más amplias movilizaciones populares del tardofranquismo, es preciso reconocer que los estudiantes fueron los únicos que supieron impulsar una organización democrática de masas y acabar con una institución política creada por el régimen: el SEU.

Pero llegaba la hora de la política. Según Elías Díaz, «una etapa concluye verdaderamente en 1967: la Universidad ha alcanzado ya una cierta madurez e independencia crítica, revelándose el sistema incapaz de asimilar e integrar dicha evolución aperturista y libera-

---

<sup>34</sup> Véase COLOMER I CALSINA, J. M.: *Els estudiants de Barcelona sota el franquisme*, vol. I, Barcelona, Curial, 1978, pp. 215-240.

lizadora, que, en seguida, frustrada aquélla, se transformará en clara y directa oposición de sentido democrático y socialista»<sup>35</sup>.

## Conclusiones

La movilización escolar mostró como característica específica su carácter frecuentemente fragmentario. Ello es debido a varios factores, entre los que están el acelerado relevo generacional que se produce en las aulas, el ejercicio de una actividad profesional que se presume limitada en el tiempo, o el hecho de que la comunidad universitaria esté formada por colectivos profesionales (estudiantes, catedráticos, profesorado numerario y no numerario, administrativos, etc.) con intereses no necesariamente coincidentes. A ese respecto, hay que destacar la importancia de la autoridad intelectual y moral del profesorado a la hora de liderar, canalizar o enconar la contestación. Desde la turba estudiantil al sindicato más o menos reconocido a nivel oficial, la interacción con el cuerpo de docentes resulta esencial, bien sea bajo la forma de hostilidad (caso del «troyanismo»), de adhesión a sus reivindicaciones (caso de la reacción corporativa), de cooperación en vanguardia (caso de la movilización profesional) o de creciente desvinculación y autonomía (caso de la acción sindical más o menos reconocida). En ocasiones, la relación con los partidos políticos mantiene esa misma dinámica entre el «seguidismo» y el «vanguardismo». En todo caso, la protesta estudiantil parece progresar cuando goza del apoyo de alguna elite adulta integrada en el sistema (intelectuales, profesores, políticos) y cuando no tiene verdadera competencia en el ámbito escolar. Pero también avanza cuando lucha contra la excesiva oficialización de alguna organización estudiantil que asume el monopolio de la representación escolar.

En segundo lugar, el estudiantado actúa como una minoría privilegiada en un entorno frecuentemente cerrado a influencias externas. Ello hace que los escolares constituyan de hecho un colectivo automarginado física e intelectualmente, en el sentido de un elitismo minoritario y accidental, lo que no impide que, en ocasiones, las algaradas estudiantiles sean síntomas de un patente malestar político. Por otro lado, este mismo carácter selecto les hace menos vulnerables a la represión oficial que otros movimientos reivindicativos.

<sup>35</sup> DÍAZ, E.: *Pensamiento español, 1939-1973*, Madrid, EDICUSA, 1974, p. 125.

La proverbial fragmentación de la protesta estudiantil es agudizada por el carácter frecuentemente estacional de la misma, que acostumbra a concentrarse en los días intermedios de la semana (el momento más lejano a la influencia familiar) y en los primeros meses del año, cuando el alumno llevaba un tiempo suficiente de asistencia a la universidad, había tomado conciencia de su situación y había forjado los lazos esenciales de su identidad de grupo. El reflujó acostumbraba a venir hacia mayo, en la proximidad de los exámenes finales. Por eso, como dice Álvarez Cobelas, la instauración de los exámenes parciales de febrero tuvo en su tiempo un designio evidentemente desmovilizador<sup>36</sup>, como también lo tuvo la separación de la universidad del entono urbano de la gran ciudad (caso de Madrid en los años veinte) o el experimento de las universidades autónomas en los años sesenta.

La fuerte pulsión generacional de la protesta estudiantil puede promover solidaridades intensas entre los individuos, pero también condicionar su acción futura. El hecho de que la experiencia universitaria «normal» abarque un período de cinco-siete años condiciona gravemente la continuidad del movimiento escolar, como pudieron constatar los fundadores de la FUE a la altura de 1932-1933. Los testimonios de algunos alumnos especialmente implicados en la lucha antifranquista acortan aún más este plazo: se tenían dificultades para movilizar al primer curso (aún sin una clara identidad colectiva) y al último, cuyas preocupaciones derivaban hacia la inminente colocación profesional. El problema de la transmisión del sentimiento disidente entre generaciones fue una preocupación constante entre las fuerzas de oposición, y se trató de superar mediante un incremento de la militancia política y la construcción de una contracultura contestataria capaz de socializar con rapidez a las nuevas hornadas de estudiantes.

En todo caso, como hemos visto a lo largo de este trabajo, las circunstancias del entorno sociopolítico (por ejemplo, el grado de autonomía gestora de la universidad, la mayor o menor vulnerabilidad del sistema a las protestas, la aceptación del pluralismo ideológico o la capacidad de cooptación profesional y política) fueron factores determinantes a la hora de brindar o arrebatar oportunidades de movilización a los estudiantes. Del mismo modo que esta misma

---

<sup>36</sup> ÁLVAREZ COBELAS, J.: *op. cit.*, p. 195.

capacidad de actuación siempre estuvo íntimamente vinculada a su propia autopercepción como colectivo autónomo, ya fuera bajo la fisonomía de la comunidad de estudiantes, la corporación profesional, el sindicato o el movimiento juvenil politizado.

La capacidad de transformación política de la protesta estudiantil ha sido muy relativa, y ha tenido que ver con la convergencia estratégica con otros movimientos disidentes. El talón de Aquiles del movimiento estudiantil español fue su débil coordinación con los grupos políticos de oposición, especialmente los de origen proletario. Las etapas de agitación de 1956, 1962 o 1967 coincidieron en situación de vanguardia con las movilizaciones obreras, pero no llegaron a alcanzar una real confluencia de objetivos. Sin embargo, en 1929-1931 la reivindicación escolar y la política coincidieron imperfectamente y dieron al traste con dos regímenes: la dictadura primero y la monarquía después. Todo un síntoma de la potencialidad y los límites de la rebelión de las aulas.